apoyo que el mandoble del soldado, y algunas efímeras alianzas con las tribus salvajes circunvecinas.

Le sucede en la labor, en 1534, don Pedro de Mendoza, que conduce una grande expedición de catorce naves, que llevan á su bordo 2.500 españoles y 150 alemanes. Llegan los expedicionarios á la margen derecha del gran río, y los aires estivales que llenan sus pulmones fatigados, les inspiran el nombre de la ciudad que allí fundaron, destinada á ser la suntuosa metrópoli del Plata; allí amasaron con sangre los cimientos de Santa María de *Buenos Aires*.

Pero el indio querandí, el rival en fiereza del charrúa de la orilla oriental, sitia y diezma noche y día á la guarnición, y hace imposible su permanencia en aquel sitio. Envía entonces Mendoza á sus dos bizarros capitanes, don Juan de Ayolas y don Domingo de Irala, á buscar al Norte un sitio más propicio y hospitalario; y mientras Mendoza, enfermo y desalentado, regresa á España para morir en la travesía, Ayolas é Irala, que, como todos los héroes, se agigantan ante el peligro, clavan, nuevo jalón de la conquista, allá en las costas septentrionales del río Paraguay, las estacadas y débiles baluartes del fuerte de la *Asunción*, en el que queda Irala en lucha sin cuartel con los naturales, mientras Ayolas, como Juan Díaz de Solís, va á buscar la muerte, á manos de los indios, en las soledades del gran Chaco argentino, que había cruzado hasta llegar á las fronteras del Perú. ¿Os dáis cuenta, señores, de lo que es cruzar desde la desembocadura del Plata hasta el Perú? Aun hoy, es una empresa temeraria; entonces, realizada por algunos hombres vestidos de hierro y armados de imperfectos arcabuces, era una obra sobrehumana, á la que los conquistadores daban cima todos los días.

Irala espera en la Asunción, constituída en centro de la conquista, al nuevo adelantado designado por la corte, don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que se pone en viaje el 2 de Noviembre de 1540, y, llegando en sus naves hasta Santa Catalina sobre el Atlántico, emprende por tierra, con 300 españoles y 36 caballos, la travesía hasta la Asunción; otro viaje asombroso y que rivaliza con los más arduos y peligrosos de la conquista. Imaginaos, señores, esa nueva travesía: de las costas del Atlántico, hoy territorio del Brasil, á la cuenca central del continente, al Paraguay. Alvar Núñez la hizo, atravesando los ríos en piraguas, y las montañas sabe Dios cómo, y sin perder un solo hombre.

Las disensiones surgidas entonces en la Asunción, y las rivalidades entre Irala y Alvar Núñez, no caben en los estrechos límites de esta ligera ojeada histórica; tienen, por otra parte, el mismo carácter que las otras disensiones acaecidas en la Española, en Méjico, en el Darién ó en el Perú, y que son un rasgo tan característico de nuestra raza, que forma tal vez el defecto de nuestras cualidades.

Alvar Núñez es conducido á España, é Irala, á fin de legitimar su gobierno, emprende viaje al Perú, desde cuyas fronteras manda

cumplimentar á La Gasca, el ilustre vencedor de Pizarro, y gran organizador del virreinato en el Pacífico.

La figura de Irala, una vez confirmado en el gobierno, es de primera magnitud en la historia de la conquista: noble, valiente, activo y organizador, reconcentra en la Asunción los últimos restos de la diezmada población de Buenos Aires, que queda, por entonces, abandonada; tienta nuevamente la fundación de una colonia á la entrada del Plata, en la tierra del charrúa, que inmediatamente la destroza y aniquila; organiza el gobierno; recibe al primer obispo de la Asunción; protege y estimula el trabajo honrado y reproductor, y toma posesión estable y definitiva de aquellas tierras, sometiendo á los indios, y reduciéndolos á prestar sus servicios.

Pero ya ha surgido á su lado el que ha de emularlo en hechos, en glorias y en virtudes: es el hidalgo vascongado don Juan de Garay, el verdadero y definitivo fundador de la ciudad de Buenos Aires, y el tipo protagonista acaso de aquella colonización.

Don Juan de Garay es encargado en la Asunción de explorar el Paraná y radicar en sus márgenes la conquista; inicia su obra con la fundación, á orillas del río, de la ciudad de Santa Fe, y allí, uniendo el valor indomable del soldado al tino del sociólogo, reduce á las tribus indígenas, que engruesan sus filas, y serán sus poderosos auxiliares, y aun sus colonos.

Sin él, muy triste destino hubiera cabido á la expedición del nuevo adelantado, don Juan Ortiz de Zárate, cuyo contrato con el rey Felipe II es el último asiento celebrado para la conquista del Río de la Plata.

Don Juan Ortiz de Zárate, hombre de condiciones muy inferiores á su época, penetra con su expedición al Río de la Plata el año 1573, se interna en el Uruguay, y va á levantar un fortín, precisamente donde Solís y sus compañeros fueron sacrificados: en la tierra de los charrúas, acaudillados á la sazón por el fiero y valiente cacique Sapicán.

No tardan en comenzar las hostilidades, y los conquistadores tienen que abandonar la tierra firme, para refugiarse al fin en la pequeña isla de Martín García, en cuyas costas naufragan las naves, quedando la destrozada colonia en la más triste extremidad. La muerte de todos era el más probable de los desenlaces.

Aparece entonces don Juan de Garay en su socorro. El río Uruguay lo recibe rencoroso y fiero, como constituído en implacable aliado del charrúa, y hace naufragar la nave de Garay, que arroja destrozada sobre la costa; pero el ilustre vascongado, sacado á la orilla en hombros por algunos de los indios que lo acompañan, empapado, jadeante, organiza rápidamente el grupo de sus soldados que ha tomado tierra, y presenta al charrúa batalla desesperada y definitiva. El arcediano Barco de Centenera nos la describe en todos sus interesantes detalles; yo los he incorporado en lengua musical al poema del Uruguay que os he citado; pero ellos no tienen cabida en esta ligerísima ojeada histórica. Una cer-

tera flecha mata el caballo de Garay; otra se clava en su pecho; pero el bizarro capitán se arranca ésta ensangrentada, monta en otro corcel, y conduce á su heroico grupo á la más completa victoria, que aniquila para siempre al indomable charrúa, dejando muertos en el campo á sus principales caciques.

Garay es entonces el verdadero protagonista en aquel vasto teatro, y con él puede darse por terminada la conquista del Río de la Plata. Sucede á Ortiz de Zárate en el gobierno de la Asunción, después de un período intermedio insignificante; enfrena á los salvajes, y parte con sólo sesenta hombres á repoblar á Buenos Aires, en cuyo puerto levanta sus pendones el 11 de Junio de 1580, y deja para siempre enhiesta allí la bandera de Castilla, dando á los querandíes, como en la otra orilla á los charrúas, la última batalla, que les hace desalojar las costas y replegarse á las tierras interiores.

Falta el rasgo definitivo de tan gloriosa vida: el sacrificio. Seguro ya de la completa sumisión de los indios, sale de Buenos Aires en 1584 á visitar sus provincias, en dirección á la Asunción; y, como Solís en el Uruguay, y como Ayolas en el mismo Paraná, es inmolado con todos sus compañeros por un grupo errante de indios minuanos que acechan el desembarco, asaltan á los expedicionarios entre las sombras, y los hacen pasar del sueño del tiempo al de la eternidad y la gloria.

La conquista del Río de la Plata puede darse por terminada, señores, con el gobierno de Garay y la fundación de Buenos Aires, que ha de ser la metrópoli del virreinato; porque, al par que los hechos que acabo de indicaros se realizaban en el litoral de los grandes ríos tributarios del Plata, y en el del Plata mismo, otra conquista y otra colonización, convergentes al mismo litoral, han venido desde el antiguo imperio de Manco Capac y Atahualpa, los hijos del Sol, ya dominado por las armas españolas, y han poblado el interior del país.

Al mismo tiempo que Solís descubría por el Atlántico el Río de la Plata, los conquistadores que iban en pos de Balboa desde el norte, desde el istmo, por el Pacífico, se acercaban á las mismas latitudes en las costas del este, y, persiguiendo ambos grupos el paso, al través del continente, ó las más fáciles comunicaciones terrestres, marchaban los unos al encuentro de los otros, explorando inmensos territorios, cruzando llanuras sin límites, bordeando pantanos intransitables, ó tramontando casi inaccesibles cordilleras.

En el mismo año 1527, en que habéis visto á Gaboto fundar en el Paraná el desventurado fuerte de *Sancti Spiritu*, centinela perdido y avanzado en el desierto, Pizarro trazaba en el Pacífico la raya aquella de Oriente á Poniente, que debía separar los héroes de los hombres. En el mismo año 1535, tienen lugar la primera fundación de Buenos Aires y la de Lima, núcleos de los futuros virreinatos; en el mismo 1573, en que los conquistadores del Plata

se dirigen al Occidente con la fundación de Santa Fe, la ciudad de Garay, los conquistadores del Pacífico adelantan hacia el Oriente con la fundación de Córdoba del Tucumán, bajando á las pampas argentinas por las gargantas de los contrafuertes orientales de los Andes, y poblando á su paso el Alto Perú, actual República de Bolivia, mientras allá por las vertientes occidentales, otro grupo puebla el reino de Chile, replegando hacia el extremo sur del continente, en porfiada lucha, á las tribus araucanas que, fieras y valientes, aunque no tan indomables como los charrúas del Uruguay, disputan palmo á palmo á los hombres nuevos la tierra que canta el poeta-soldado de aquella conquista; conquista tan legendaria como la del Plata, pero más afortunada, puesto que tuvo voz y acento imperioso, por el solo hecho, señores, de haber vibrado en el alma y en la lira del excelso cantor de su grandeza.

Os he trazado, como lo veis, señores, sólo líneas generales; os he mostrado sólo el esqueleto de la grande historia, al que vuestra imaginación intelligente y preparada dará, á no dudarlo, músculos y nervios, arterias y circulación y vida. La palabra, señores, arrojada al alma, tiene la resonancia de la piedra arrojada al abismo; toman ambas las proporciones de la capacidad en que sus ecos se difunden; sólo por eso puedo acariciar la esperanza de que mi voz, al resonar en vuestro espíritu, sea menos indigna de los recuerdos que evoca, de los hechos que conmemora, de los gloriosos nombres que pronuncia.

Fijad, pues, vosotros mismos las proporciones de la empresa que os he narrado; recordad que el teatro cruzado por los descubridores en todas direcciones, como si un niño trazara líneas sobre un plano, era un territorio que ocupaba la cuarta parte de la América Meridional, que se extendía desde los 55 grados de latitud sur hasta cerca de los 10 grados dentro del trópico de Capricornio, y que ha dado territorio magnífico á las hoy repúblicas independientes del Uruguay, Argentina, Paraguay y Bolivia; recordad, por fin, el carácter indómito de las tribus aborígenes aliadas del desierto pavoroso y del bosque impenetrable, que salían á cada paso al encuentro del descubridor; no olvidéis los elementos de locomoción y de guerra, así ofensivos como defensivos, con que podían contar aquellos hombres, y convendréis conmigo en que el descubrimiento y conquista del Río de la Plata es de lo más grandioso y homérico en la historia del descubrimiento y conquista del mundo de Colón.

Indicados los hechos, me permitiréis, señores, que, para terminar, os haga algunas ligeras consideraciones á su respecto, y os señale los caracteres que distinguen, de una manera clara y precisa, la colonización de aquellos vastos territorios.

El Río de la Plata, en la gran cuenca que lo caracteriza, tuvo una inapreciable fortuna: no tenía oro.

En cambio, la madre tierra, virgen y fecunda entonces como hoy, y adaptable como ninguna á la vida del hombre europeo por su clima y por sus productos, ofrecía su seno al trabajo que ennoblece y constituye sociabilidades homogéneas y solidarias. Así, el conquistador tenía que transformarse allí inmediatamente en colono, en pastor ó en agricultor; tenía que renunciar á la aventura y á la opresión, que es su consecuencia natural, para radicarse, constituir su hogar, y rendir el tributo de su trabajo á la agradecida tierra, que muy pronto demostró que es madre generosa para aquellos que saben regar su seno con el sudor de su frente, antes que mancharlo con la sangre de su hermano.

Y una prueba de ello la tenemos, señores, en que el primer acto externo de los colonos, muy poco después de la fundación de Buenos Aires, el año 1580, es la exportación, no de ese oro, causa de tanta opresión y de tanta desgracia en otras regiones, y que, en este caso, mejor que en ningún otro, podría llamarse *vil metal*, pues no enriqueció ni á España ni á América; no de ese oro que engendró las encomiendas, distribución de tierras y hombres en que el hombre era un accesorio poseído por la tierra, sino de pieles y azúcar, producto del trabajo reproductor, y que revelaban que allí no había siervos y señores, sino pastores y agricultores humildes, que vivían al lado de los propietarios de la tierra, y que compartían con sus amos las penurias de la vida, y partían con ellos el mismo pan.

Los indígenas no domados se replegaban á las tierras interiores; pero los sometidos, gracias especialmente al esfuerzo del misionero, que fué el primer héroe de la conquista, se amoldaban á la vida civil y estable de los conquistadores, y formaban sus hogares á su lado: es que no veían cercanas las bocas de las minas, como tumbas de mandíbulas siempre abiertas para recibirlos al caer bajo el peso de su esclavitud sin esperanza.

A estas circunstancias naturales, se agregó el carácter de los ilustres conquistadores cuyos nombres he ofrecido á vuestro recuerdo y á vuestra admiración.

Irala y Garay en el Río de la Plata, como Valdivia en Chile, no tienen quizá en España, según lo he notado, la aureola de prestigio guerrero que rodea á Cortés ó á Pizarro: es que el pueblo, en general, es cautivado por la temeraria intrepidez, la acción, la audacia inaudita, la victoria clamorosa y resonante; por la raya hecha en tierra por Pizarro con la punta del puñal; por la fabulosa humareda de las naves incendiadas por Cortés. Esa admiración hacia el valor puramente material es, si bien lo examináis, la forma más primitiva de la cultura humana; todas las mitologías más ó menos salvajes comienzan por la divinización del hombre valiente, temerario; la luz de la civilización es la que va sacando poco á poco de la sombra al pensador, al poeta, al benefactor del hombre y de la sociedad; los representantes del valor moral, de la fuerza de alma, que se llama virtud, van desalojando del espíritu del pueblo á los representantes divinizados de la fuerza, á medida que el pueblo avanza hacia la luz.

Los Pizarro y los Cortés eran héroes extraordinarios por su valor, es cierto, y digna es su memoria, por consiguiente, del homenaje de la posteridad; pero los conquistadores del Río de la Plata eran héroes y, al mismo tiempo, colonizadores y magistrados. Tras de la conquista heroica, ya organizaban la colonia, ya fijaban residencia al hombre, ya acallaban el espíritu de aventura, y despertaban el de trabajo y de orden.

De ahí que los primitivos pobladores del Río de la Plata puedan considerarse, nó aventureros, sino verdaderos inmigrantes; muchos de ellos fueron acompañados de sus mujeres é hijos; en las expediciones figuraban veteranos de las guerras de Flandes y Alemania, entre los que se contaban un hermano de leche del emperador Carlos V, un hermano de Santa Teresa de Jesús, y muchos capitanes y oficiales, «gentes que fueron sin duda, dice don Félix de Azara, los más distinguidos é ilustres entre los conquistadores de Indias».

La grande expedición de don Pedro de Mendoza, por ejemplo, una de las más numerosas y ricas que fueron á América, no tuvo necesidad de reclutar gentes de poco valer y escasas disposiciones, para formar su núcleo principal. Gracias á las noticias traídas á España por Gaboto, muchos hombres de gran valía se disputaban un puesto en las naves. Muchos hijosdalgo de cuenta, dice Díaz de Guzmán, gentiles hombres del Rey, caballeros de las grandes órdenes, y apellidos de ilustre linaje, daban carácter á ese conjunto de hombres y familias, base de la sociabilidad ríoplatense.

Esos fueron, señores, los rasgos característicos de aquella conquista; y ellos acaso demuestran que los conquistadores de América tuvieron que sufrir la influencia del medio en que desarrollaban su acción, de una manera casi inevitable; y que á los fundados cargos que se hacen contra los reprensibles abusos de los aventureros que explotaron la encomienda ó la mita en condiciones de crueldad, después de sometido el indio, podría contestarse con amargura, pero también con verdad, en la forma gráfica del poeta: «Crimen fueron del tiempo; nó de España».

Aquí podría dar por terminada, señores, mi tarea; he procurado daros una ligera idea del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, indicándoos los hechos, los hombres y las consideraciones que, en primer término, se ofrecen á nuestro examen; pero ni daría integridad al cuadro que esbozo, ni, dado el carácter subjetivo que instintivamente he impreso á este estudio, satisfaría una exigencia de mi alma, si no os pronunciara siquiera el nombre del mariscal don Bruno Mauricio de Zabala, fundador de Montevideo, mi patria, que, con Buenos Aires, han sido las dos metrópolis del Plata, capitales hoy de los dos pueblos hermanos que se sientan en sus márgenes, definitiva é irrevocablemente independientes, bajo la protección de Dios.

Median casi dos siglos, señores, entre la fundación de una y otra metrópoli. Los conquistadores se empeñaban en buscar un centro de unión imposible entre las poblaciones del Atlántico y las del Pacífico, y, en vez de fijarse en la desembocadura del Plata, pre-

firieron internarse en el Paraguay, y fundar allí su metrópoli atlántica. Creyeron que la Asunción debía ser el centro de aquella conquista, que se extendía entre el Atlántico y el Pacífico, y dejaron casi abandonado el hermoso territorio que se desarrolla entre el Uruguay, el Plata y el Atlántico, y que pertenecía, sin embargo, á los dominios españoles. Ese territorio quedó mucho tiempo despoblado é inerme, aun después de la fundación de Buenos Aires, y hubo de atraer necesariamente la atención y la codicia de otras naciones que, sin el esfuerzo del ilustre mariscal vascongado, acaso nos hubieran arrebatado á los hijos del Uruguay lo que hoy á vosotros nos vincula: la sangre española, la fe, la lengua, las tradiciones, las glorias que acabo de recordaros, y que consideramos tan nuestras como vuestras, señores.

Don Bruno Mauricio de Zabala tuvo que luchar largo tiempo, y contra muchos y poderosos enemigos, para conseguir ese objeto; pero, con la fundación de Montevideo en 1726, salvó definitivamente para la raza española el hermoso territorio que hoy ocupa la República del Uruguay; y, al darle por capital una gran plaza fuerte, la primera de aquellas regiones; al establecer en ella personalmente el *Cabildo, Justicia y Regimiento* que había de constituir su gobierno político y económico, dió á ese feraz territorio que se extiende hasta el Atlántico, al oriente del Uruguay y del Plata, una personalidad propia, una autonomía poderosa dentro del virreinato, y lo marcó, desde ese momento, como patrimonio inconfundible de un futuro estado independiente. Esa es la genealogía de todos los de América, señores: un baluarte y un cabildo fueron en todos ellos la simiente de una nación.

Los primeros conquistadores de América, señores, allá en el gran siglo XVI, parece que eran guiados de un instinto profético: con los cimientos de las ciudades que fundaban, echaban los de las futuras nacionalidades americanas; el patrimonio de cada una de éstas debía ser el heredado de España; sus límites, los trazados por los demarcadores españoles.

Pizarro funda en 1535 la ciudad de los Reyes, la hermosa señora del *Rimac*, nombre que, transformado en *Lima*, es hoy el de la capital del Perú; don Pedro de Mendoza, en el mismo año 1535, amasa con la sangre de las dos razas en pugna, como lo hemos visto, los cimientos de Buenos Aires, sobre cuyas cenizas levantará más tarde, en 1580, la población definitiva, el ilustre don Juan de Garay; Quesada clava las primeras estacadas de Santa Fe de Bogotá, en 1538; Valdivia se fija en Santiago de Chile, y domina el valle del Mapocho con sus primeros baluartes, en 1547; Losada, capitán de Ponce de León, funda á Caracas en 1567; Irala la Asunción, en 1534, allá en las costas septentrionales del río Paraguay.

Todas esas ciudades serán más tarde capitales de las repúblicas americanas.

Don Bruno Mauricio de Zabala trazó, pues, las fronteras de una nueva patria hispánica al emplazar los cañones de la ciudadela de Montevideo; esta fué la Roma cuadrada de mi patria uruguaya,

y Zabala, el gran Zabala, como le llama el dean Funes, su primer ilustre precursor. Débole, pues, señores, en este momento, un tributo de especial afecto; debo presentaros á ese hidalgo sin tacha, cuyo nombre no puedo confundir con los de los demás esforzados colonizadores del Plata, con ser éstos lo que fueron, porque suena á mi oído de uruguayo como una nota amiga que quiere desprenderse del gran acorde.

Yo he ido personalmente á Durango, señores, en el viejo señorío de Vizcaya, sólo por conocer el sitio en que Zabala vió la luz, al finalizar el siglo XVII; por ver el noble solar de sus abuelos; por respirar el aire que él respiró; he ido á Durango, como si fuera en piadosa peregrinación patriótica, y como si en la cuna del hidalgo vascongado fuera á encontrar algo de la cuna de mi patria americana.

Conoced á Zabala, señores, conocedlo en vuestra España.

El esforzado hidalgo recibió una educación esmerada, y se dedicó, desde su primera juventud, á la carrera de las armas, en la cual siempre descolló por su valor sereno, y, muy especialmente, por la nobleza de su carácter señorial. El mariscal era un gran señor: era el tipo de aquellos caballeros vascones, sanos y hermosos de cuerpo y alma, que lucharon en Roncesvalles, y cuyas voces guerreras animan el canto de Altabiscar.

Luchó bajo las banderas de su patria en las campañas de Flandes: el bombardeo de Namur lo vió en los puestos de mayor peligro; en el sitio de Gibraltar, en el ataque de San Mateo, en Zaragoza y en Alcántara, combatió bizarramente, ascendiendo siempre en su brillante carrera. En el sitio de Lérida rindió á la patria el tributo de su sangre: un proyectil enemigo le destrozó un brazo, que perdió; y esa honrosa mutilación, con muchas otras cicatrices, constituían otras tantas condecoraciones, que el bizarro hidalgo ostentaba al lado de la roja insignia de la orden le Calatrava.

Era ese el hombre que, el 11 de Julio de 1717, tomaba posesión del cargo de gobernador y capitán general de Buenos Aires, con el grado de mariscal de campo, que le había sido conferido en premio de sus servicios.

Precisamente en ese mismo año, se realizaba, en las costas del territorio á que antes me he referido, del que, abandonado por los conquistadores, estaba á punto de caer en manos no españolas, una tentativa más de toma de posesión por Esteban Moreau, corsario francés que desembarcaba en la costa de Maldonado.

Moreau ya había sido precedido en esos propósitos por corsarios holandeses, portugueses y dinamarqueses, desde el célebre pirata Tomás Cavendish, que apareció por aquellas costas en 1587.

Zabala desaloja á Moreau, capturándole dos de sus buques; pero el corsario reaparece de nuevo en 1720, aprovechando el abandono en que de nuevo queda la costa oriental del Plata.

El gobernador envía entonces al capitán Pando y Patiño, quien traba un combate con el audaz aventurero, en que éste muere, y sus tropas se rinden á discreción.

Poco tarda Zabala en tener que acudir una vez más á salvar para España esa codiciada región del continente.

Era ella, de mucho tiempo atrás, campo constante de batalla entre españoles y portugueses, como quiera que por allí pasaba la línea divisoria de sus mutuos dominios, y la corte española había dictado las providencias necesarias para impedir que Portugal ni nación alguna se apoderase de los puertos de Maldonado y Montevideo; pero la falta de recursos había hecho imposible su fortificación; allí estaba, pues, como eterna manzana de discordia.

En 1723, los portugueses se posesionan resueltamente de Montevideo, lo pueblan, lo fortifican, y, á la intimación de Zabala para que sea desalojado, invocan el dominio de su nación sobre aquel territorio; el Uruguay y el Plata debían ser, según ellos, la línea divisoria occidental de los dominios portugueses, que hoy constituyen la espléndida herencia de nuestros hermanos del Brasil.

El gobernador Zabala arma entonces y equipa tres navíos, que manda personalmente, y se dirige á reivindicar el puerto usurpado.

No se le opone resistencia: antes de llegar á Montevideo, el jefe portugués le comunica su retiro, «por no quebrantar las paces, y en vista de los aparatos con que intentaban atacarle»; pero Zabala no incurre en la desidia de sus predecesores: continúa su marcha hasta la ensenada, la fortifica, y dispone su ocupación de una manera sólida y permanente.

En Febrero de 1724, comienza á construir el fuerte de San José, que se conservó hasta hace pocos años, y no cesa en su labor, en la que despliega extraordinaria actividad y energía, hasta dejar cerrada la línea de baluartes.

Dirige entonces una expresiva comunicación á la corte, en que da cuenta de sus procedimientos, y en la que encarece la necesidad de atender aquella hermosa fracción de los dominios españoles, y por fin consigue su objeto.

Sus procedimientos son aprobados por Real Cédula de 16 de Abril de 1725, en la que también se dispone que cuatrocientos hombres fueran á constituir la guarnición de Montevideo y Maldonado, y treinta y cinco familias del reino de Galicia, y otras tantas de las islas Canarias, constituyeran la primitiva población. En esa real cédula el soberano da á Zabala *muchas gracias y, en su real nombre, le manda se las dé á la ciudad, militares y demás vasallos que concurrieron á esa función.*

Zabala realizaba, pues, el móvil supremo de sus generosos esfuerzos. Tiene entonces que trasladarse al Paraguay por orden expresa del virrey del Perú, para someter á Antequera y restablecer el orden allí perturbado; pero una vez llenada enérgicamente su misión, vuelve á ocuparse de la población de Montevideo; y no habiendo aún llegado las familias pobladoras que se esperaban de España, procede, sin más dilación, á su fundación solemne, con algunas familias de Buenos Aires. Hace delinear la futura ciudad por el capitán de corazas don Pedro Millán, y, el 30 de Enero de

1726, bajo la advocación de San Felipe y Santiago, en recuerdo del soberano á la sazón reinante, Felipe V, funda solemne y definitivamente la hermosa ciudad, que hà de ser más tarde capital de la República Oriental del Uruguay.

Todos sus esfuerzos se concretaron entonces á fomentar la recién nacida población: declaró hijosdalgo y personas nobles de linaje y solar conocido á los pobladores de Montevideo y sus descendientes; ofreció transporte libre, y solares, y campos, y ganados, y semillas y exención del pago de alcabalas, á todos los que quisieran pasar de Buenos Aires á incorporarse á la población oriental; y fué personalmente á inspeccionarla, dotándola entonces de una organización definitiva, al organizar en ella el *Cabildo, Justicia* y *Regimiento* para su gobierno político y económico.

Revistió el acto de instalación del primer cabildo toda la solemnidad posible; Zabala, personalmente, recibió el juramento á los cabildantes electos; mandó abrir los cimientos de la iglesia parroquial al norte de la plaza mayor; distribuyó auxilios de todo género á los vecinos; fundó un hospicio de franciscanos, y, terminada su obra, regresó á Buenos Aires, donde el rey, *para premiar su celo, inteligencia y discreción,* demostrados en siete años de gobierno de la provincia del Río de la Plata, lo promovió, ya teniente general, á la presidencia de Chile.

Pero el ilustre Zabala debía vincular su nombre sólo al Plata, y muy especialmente á Montevideo: antes de emprender su viaje al través de los Andes, y cuando regresaba del Paraguay, á donde tuvo que acudir de nuevo á apaciguar disturbios que enérgicamente sofocó, lo sorprendió la muerte en el Paraná, el año 1734.

¿Preveía don Bruno Mauricio de Zabala, señores, al desarrollar tanto empeño é inteligencia tanta en la fundación de Montevideo, que estaba su ciudad destinada á tan importantes destinos en el porvenir?

¿La soñó acaso llamada por su rey *la muy noble y reconquistadora ciudad,* y privilegiada en la época colonial con el uso de la corona real en su escudo, supremo honor entonces para una ciudad, en premio de la heroica reconquista de Buenos Aires, que ella inició un esfuerzo que hoy causa asombro?

¿Previó acaso el rápido incremento que tomó aquel pequeño cabildo formado por él, y que, dando carácter y personalidad propia á aquella ciudad, había de echar los cimientos de altivez é independencia que son la base de un pueblo libre?

Los hombres son instrumentos de la Providencia, señores, y los que son grandes, lo son porque ella los ha llamado á grandes destinos: nunca sus actos son plenamente conscientes en cuanto á sus resultados; pero los hijos de la hermosa ciudad de Zabala; los hijos de la república de que ella fué núcleo y tradición de vida y gobierno propio, amamos y bendecimos el recuerdo del ilustre vascongado, viendo en su esfuerzo el gérmen de la patria independiente; reclamamos para él el lauro de los grandes hombres, y sentimos la más viva satisfacción cuando contribuímos, en el seno

de la madre patria, á honrar la pura memoria del último de los fundadores de grandes ciudades españolas en el mundo de Colón.

Zabala significa, pues, para nosotros, algo que se identifica con la patria misma, por que significa la hidalga genealogía de la patria. Los heroicos conquistadores, nuestros padres, creían defender y defendían realmente entonces colonias; pero hicieron mucho más: echaron los cimientos de naciones que hoy son para España incomparablemente más que colonias: son hijas cuyas glorias tendrán que reflejarse siempre en la madre que no olvidan ni olvidarán jamás; son ramas de aquel tronco vigoroso regado al brotar en América con la sangre de Solís, de Ayolas y de Garay, y que, por el simple hecho de vivir hoy con vida propia y exuberante, son prueba evidente del incontrastable vigor del tronco de que proceden.

Por eso, señores, como el Perú hace la apoteosis de Pizarro, como Buenos Aires da el nombre de Garay á una de sus calles; como Chile levanta la estatua de Valdivia, Montevideo da el nombre de Solís á su principal coliseo, y levanta en una de sus plazas, votada por el parlamento, la estatua de su fundador, don Bruno Mauricio de Zabala.

Es el altar de la raza, señores, que complementa y preside, en el orden cronológico histórico, los otros altares de la patria independiente; es la protesta de bronce que dice al mundo, y á vosotros especialmente, que si por ley providencial se pueden y es indispensable romper vínculos políticos, no pueden romperse, ni se romperán jamás los de la sangre, los de la fe, los de la lengua y los de las tradiciones y glorias que nos son comunes, y constituyen nuestro orgullo conjuntamente con las demás glorias nacionales.

Que Dios proteja, señores, los destinos de nuestra familia hispánica, de los cuales jamás debemos desesperar. ¿Quién sabe? Acaso España fué un día, geológicamente considerada, la cabeza del gran coloso destrozado y sumergido en parte por el Atlántico. Que el tiempo confirme, señores, esa atrevida suposición: sea ahora España la cabeza, el cerebro, el pensamiento; palpite en América el corazón, mientras circula para siempre en todo ese inmenso organismo, dueño tal vez del porvenir del mundo, la sangre y los recuerdos de los Cortés, de los Pizarro, de los Valdivia, de los Irala y los Garay, de los Juan Díaz de Solís y de los Bruno Mauricio de Zabala.

EL MENSAJE DE AMÉRICA

Discurso pronunciado en la explanada del Monasterio de la Rábida, después de inaugurado el monumento conmemorativo del descubrimiento de América, el 12 Octubre de 1892.

(Publicado en la prensa
de Madrid en fragmentos transmitidos telegráficamente de la Rábida)

SUMARIO: La sugestión de las cosas: El Monasterio de la Rábida, el Puerto de Palos, el Odiel, la barra del Saltés, los habitantes de la región, las carabelas.—La persona Hispania.—Lo que es una nacionalidad.—La nacionalidad ibérica.—Su curso al través del tiempo y del espacio.—Dos mensajes: el de América á España; el del mundo español al genio hispánico.—Gloria á Dios.

Y bien, señores: seré yo, pues así lo queréis, y puesto que alguno de entre nosotros, los representantes americanos, ha de ser, seré yo, á pesar de todo, quien preste su voz á nuestra América, que, efectivamente, necesita hablar, que quiere hablar, que nos hace señas imperiosas de que hablemos en este momento. No hay duda: se siente flotar aquí un mensaje inarticulado que satura esta atmósfera; se le siente bajar, en lluvia vibrante y sutil, de ese cielo azul que nos envuelve... Yo tengo que recogerlo, y articularlo, y transmitirlo; yo tengo que darle alguna forma, ¿no es verdad? tengo que abrigarlo en una frase que no existe aún.

Aquí procedería, señores, la vieja invocación de los poetas al Genio invisible; nunca mi palabra se ha sentido más desproporcionada con el ambiente en que tiene que dar un sonido ajustado á una enorme armonía; nunca más pequeña, ante el gran momento vacío que tiene que llenar de un pensamiento generoso que lo ilumine; nunca más estrecha, para contener eso que anda en el aire sobre nuestras cabezas, y para dar asilo al tropel de ideas y sentimientos comunes, que, despertados en el fondo de todos nosotros, buscan en mi boca su verbo melodioso y perdurable, su verbo americano. Yo quisiera imprimirle entusiasmo, con toda su significa-